



El primero de Mayo es, ante todo, un día obrero, un día de los trabajadores del campo y de la ciudad, el día de los hombres que venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario. No es, sin más, el día de cualquier trabajador o productor por muy nobles que sean su trabajo y su producto. El origen histórico del primero de Mayo, un origen sorprendentemente norteamericano, se encuentra en una lucha de los obreros por la jornada de ocho horas, una lucha que, a pesar de su racionalidad y justicia, costó sangre inocente, sangre mártir. Esta sangre era de quienes tenían que vender su fuerza de trabajo a quien se la podía pagar. Por eso el primero de Mayo es históricamente una fecha de la clase trabajadora que celebra sus triunfos sociales nunca regalados o se manifiesta organizadamente para luchar por lo mucho que le queda por conquistar.

Sorprenderá a muchos que un día así pueda considerarse como un día cristiano. Sorprenderá a unos porque se escandalizarán de que se junte el evangelio del amor con la lucha obrera. Sorprenderá a otros que no saben por qué ni quieren saber por qué la fe cristiana tiene que aparecer en algo que es primariamente obrero. Los primeros se escandalizan en vano. Los segundos tal vez se sorprenden porque no han acabado de entender bien cuál es lo esencial en el mensaje cristiano.

Y es que el sentido cristiano de la lucha obrera no ha de apreciarse en algo añadido a esa lucha, en algo que no tenga que ver directamente con ella. Mucho menos se ha de ver en ese sentido cristiano un intento de neutralizar lo que de lucha ha tenido el auténtico movimiento obrero. Este es el fallo que tuvo la institución por Pío XII de la fiesta de San José Obrero, en que muchos quisieron ver interesadamente un desplazamiento de la esencia histórica del primero de Mayo. No va por ahí el sentido cristiano de la lucha obrera.



El sentido cristiano de la lucha obrera consiste, ante todo, en que los desposeídos y maltratados de este mundo se unen entre sí para superar su estado de opresión y para conquistar un mundo más humano donde no haya explotación del hombre por el hombre. Quienquiera esté habituado a leer el Antiguo Testamento no se sorprenderá para nada cuando vea que se atribuye un sentido plenamente religioso a una acción aparentemente política. La Biblia nos cuenta las luchas y los pesares del pueblo de Dios como si fuera la historia de Dios entre los hombres, la historia de la acción de Dios en nuestro mundo. La historia social y política del pueblo elegido se convierte en la Biblia en historia sagrada, en historia de la salvación. Pues bien, el pueblo de Dios, el pueblo elegido es hoy el pueblo oprimido, el pueblo de los pobres de la tierra; lo que ellos hacen es en principio historia sagrada, historia de salvación, si no siempre por el modo en que lo hacen, sí por ser el pueblo que lucha por su liberación. La lucha obrera es así en sí misma lucha cristiana.

Ciertamente la inspiración cristiana, el espíritu de Cristo, puede y debe aportar mucho para que esa lucha sea plenamente humana, integralmente liberadora. Hay modos de lucha que no son plenamente cristianos; hay modos de lucha que pueden eventualmente ser anticristianos. Es aquí donde la evangelización que quiere Puebla ha de incidir en el corazón y en la conducta del movimiento obrero. Pero para que pueda incidir, es menester que la palabra evangelizadora se haga creíble, y no se hará creíble a menos que se encarne en las necesidades, en las esperanzas, en las persecuciones, en las luchas de la clase obrera; a menos que entre en conflicto con los que compran la fuerza de trabajo en condiciones de prepotencia y de dominación. Por eso si el cristianismo tiene mucho que aportar al movimiento obrero, la lucha obrera tiene mucho que aportar al cristianismo; entre otras cosas su reclamo urgente de que ponga en el centro de su acción a los perseguidos de la tierra, a los oprimidos.

A-May-79